

El silencio del pasado

El silencio del pasado

ENIA RUIZ DE CASTROVIEJO ÁLVAREZ

El silencio del pasado

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a la primera edición en español, por:

© Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417904562

ISBN e-book: 9788417904036

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*A mi bisabuela Mama Encarna,
mi abuela Antonia y mi madre.*

*Soy un pescador de sueños,
soy un catador de auroras...
no cuento más que con mi empeño
y esta pluma voladora...
La vida cantando nubes buscando que el cielo rime...
dejando en la hoja en blanco cicatrices que el tiempo
imprime...*

Quimera, de Jorge Drexler

Orgullo

La noche se anunciaba tormentosa a pesar de los litros de valeriana ingeridos. Los sudores, las palpitaciones, las compulsiones del TOC diagnosticado y un rosario de pensamientos intrusivos que la enredaban en una maraña de razonamientos sin juicio. Todo un nutrido catálogo de impedimentos que perseguían un único fin: no permitirle relajarse y, por tanto, no permitirle dormir.

Cuando el reloj marcaba las 20:00 horas, la vida se aceleraba en el organismo de Celia y esa activación la desvelaba cada noche. Celia quería dormir y no despertar. Quería escapar de la dosis de realidad con la que amanecía cada mañana, pero a pesar de los esfuerzos que realizaba para salir de aquel bucle, no encontraba la calma.

Paralelamente, yo me encontraba muy cansada el día que la recibí por primera vez. Al igual que ella, también llevaba noches sin dormir, pero a pesar de no encontrarme en el mejor de mis momentos, accedí a atenderla. Cuando me enfrento a un caso me gusta tener la mente despejada para poder escudriñar los detalles que lo zurcen. No suelo atender a mis pacientes cuando veo que mis facultades merman o presiento que se reduce mi capacidad de empatía, pero, aun así, aquel día me entregué a la causa.

Aquella atormentada mujer había desarrollado un desmesurado pánico a la oscuridad. Al llegar la noche, en lugar de abandonarse al sueño para escapar del estado de vigilia que la mantenía en activo, dedicaba su atención a observar cómo acontecía un segundo tras otro en el reflejo que el despertador proyectaba en la ventana de su dormitorio. Celia pasaba las noches en vela, y ese hecho provocó que sufriera un terror desmedido a que el sol se escondiera al llegar la hora del ocaso. Quería dormir, pero no conciliaba el sueño y, con los ojos inyectados en sangre debido a los pequeños pero visibles vasos sanguíneos que los regaban, se situó frente a mí para explicarme que necesitaba dormir. Muy a su pesar, el insomnio se había convertido en una rutina nocturna que le impedía descansar.

—Acudo a usted desesperada —apuntó con voz de ultratumba y sin un mínimo atisbo de esperanza en el gesto—. He probado multitud de fórmulas para conciliar el sueño, de hecho, creo que lo he probado todo. Desde remedios caseros, como practicar ejercicio físico, dejar el café, contar ovejitas o prepararme un vaso de leche caliente con miel, a remedios más sofisticados, como el método 4-7-8 o cerrar los ojos y borrar con una goma imaginaria la pantalla visual y, al no funcionar nada de eso, he optado por tomar hipnóticos como último plan de rescate. Una opción que tampoco está provocando el efecto deseado, dicho sea de paso —increpó hastiada.

Celia sentía estar programada para responder de inmediato a cualquier tipo de estímulo externo. Se desvelaba al escuchar cualquier sonido, ya fuera el estruendoso ruido del camión de la basura que pasaba todas las noches por la fachada lateral de su casa o el suave zumbido de su propia respiración y, sin poder evitarlo, le daba licencia a cualquier excusa para boicotear su sueño.

Al recibir una oferta de trabajo de las que no pueden rechazarse, comenzó a trabajar en una nueva agencia de publicidad.

Llevaba años soñando con tener una oportunidad así, razón por la cual, no podía desaprovechar un golpe de suerte como ese.

—¿Es la dificultad que tienes para dormir lo que te ha empujado a pedir ayuda, Celia? —le pregunté sin interés alguno por la respuesta. Sabía de más que aquella privación de sueño se trataba de la punta de algún iceberg. De algo que debía ir descubriendo con el mismo tacto con el que se descubre un regalo sin querer rasgar el papel que lo envuelve.

—Pues imagino que no es solo eso —respondió—. Me preocupa mucho el hecho de no poder cubrir las expectativas que tienen sobre mí en la nueva empresa en la que acabo de empezar a trabajar y me temo que necesito estar despierta para evitar que eso ocurra. Despierta y descansada —apuntilló—. Estoy muy agobiada porque sé que en las condiciones en las que me encuentro no voy a dar la talla esperada y eso no puedo permitírmelo —expuso con una expresión de obvedad en su rostro—. Llevo muchos años queriendo dar el salto y por fin lo he conseguido.

Celia destacaba por su gran elocuencia y creatividad, pero, de un tiempo a esta parte, se encontraba apagada. La presión que ejercía sobre sí misma la iba engullendo a pasos agigantados.

—No rindo lo suficiente y me temo que no me encuentro capacitada para pensar. Mi trabajo me exige creatividad, pero no consigo reactivar las aptitudes que me permiten generar ideas —aclaró.

Yo tenía prisa por terminar la sesión con la que arrancaba aquella mañana. Necesitaba meditar sobre aquello que me preocupaba, pero, a pesar de ello, intenté apartarme de mis propios enredos mentales para hacer un sobreesfuerzo en concentrar toda mi energía en ayudar a aquella insomne mujer.

—Celia, ¿tienes identificada alguna fuente de malestar? No sé, algo que te mantenga preocupada y que pueda quitarte el sueño —le pregunté.

—Pues claro que tengo identificada esa fuente de malestar —respondió muy ofendida.

Noté que aquella pregunta la intimidó y, sin más preámbulos, añadió con tono agrio y reivindicativo:

—¿No le parece suficiente que mi novio de toda la vida me haya engañado y me haya llevado a la ruina? —pregunta ante la cual no respondí. Tan solo me limité a escucharla. Aquel comentario desvelaba parte de su problema. Su forma de reaccionar indicaba la existencia de alguna que otra fuente de malestar a descubrir por mi parte.

La excitación del momento provocó que aquella mujer se levantara de la silla confidente en la que se encontraba sentada para dar un paseo por la consulta y, con el objetivo de calmar la ira contenida que su tensionado cuerpo acumulaba, se ausentó por un momento y se dirigió hacia el baño sin pedir permiso. Más tarde descubrí que al llegar a su destino se lavó la cara con agua fresca y se colocó un ansiolítico debajo de la lengua y, mientras tanto, yo la esperaba en mi despacho con un gesto de preocupación, pero sin perder la compostura. Estaba más que acostumbrada a enfrentarme situaciones de ese tipo, aunque aquel día no me sobraba paciencia para soportar salidas de tono como esa.

—Disculpe, necesitaba recomponerme —aclaró Celia al sentarse de nuevo frente a mí para comenzar a compartir aquello que tenía encapsulado en una de las cajas mentales que le daban forma a su atormentado cerebro. Y con los ojos desencajados y la piel enrojecida por la irritación del momento, explicó:

—Mi novio, o lo que algún día llegué a creer que era mi novio, me estafó y, con ello, me encadenó a una deuda de miles de euros de por vida —bufó con cara de pocos amigos y mirándome con arrojo—. El peso de la nefasta gestión de una empresa que montó cayó sobre mis hombros. Las cosas no le fueron bien debido a una excesiva inversión en activos fijos y serias deficiencias en el

control presupuestario. En resumen, una mala gestión en materia de endeudamientos, liquidez y gestión de fondos —apuntó irritada—. El muy testarudo se centró en el aquí y ahora, y debido a ello, no hizo una correcta previsión de futuro... y lo que suele pasar en estos casos, la bola fue creciendo estrepitosamente y no pudo frenarla a tiempo. Pero lo más doloroso para mí no fue eso —añadió desde una profunda indignación que la obligó a tragar saliva para poder continuar—. Lo más doloroso para mí fue el hecho de enfrentarme a la cruda realidad de encontrarme ajena a lo que estaba ocurriendo. El amor puede ser ciego, pero le aseguro que mi cartera no lo fue —apuntó con sorna—. Al final me enteré de todo —añadió con un gesto impreso en un enmarañado rencor—. Quizá fuera el maldito dinero el que lo llevó a cometer la estafa que rompió con todo. No descarto esa opción —apuntilló con inquina.

Celia no descartaba la idea que defendía que la farsa que su novio tejió a la perfección, destapada finalmente por ella misma, perseguía sencillamente el sucio fin de obtener un rédito económico, pero a mí me daba la impresión que al realizar ese tipo de conjeturas solo desfogaba su ira. Empezaba a darme cuenta que ni ella misma llegaba a creerse lo que salía de su propia boca. Las palabras que emitía estaban marcadas por una rabia desmesurada y eso me hacía sospechar que detrás de esa manifestación de cólera había algo más.

Siendo fiel a la sinceridad con la que en el fondo estaba dispuesta a entregarse a la verdad, espetó que se sentía engañada, defraudada y estafada por su novio y esa manifestación de reproches le daba lectura al estado en el que se encontraba instalada. Un estado que le impedía encajar la mentira que se creyó durante años y que la separó del amor de su vida para siempre, según apuntó.

Aquella mujer se defendía con furor y para poder descubrir la incógnita de la que se alimentaba esa furia debíamos deshacernos previamente del veneno que la gestaba.

Tras compartir los motivos que la llevaron a traspasar la barrera de su tranquilidad, expuso que fue la cobardía como falta de valor la que empujó a que Luis, su novio, ocultara lo que estaba ocurriendo mediante silencios o vagas descripciones sobre el tema en cuestión y, alterada por la cantidad de recuerdos que fue rescatando de su memoria, hizo referencia al momento en el que comenzó a darse cuenta de la forma en la que Luis evadía preguntas o manifestaba una emoción fingida cuando alguien hacía alusión a su empresa.

—Puedes tutearme si lo deseas, Celia —aclaré antes de continuar hablando—. Partiendo de la decepción que parece que has sufrido después de lo vivido, ¿podrías especificar algo más sobre lo que te indigna exactamente?

Esa pregunta la descolocó. Creía haber dejado clara su postura y no entendía mi confusión. Parecía enfadada. Y, después de meditar durante un buen rato, accedió a responder.

—Pues ahora que lo dice, perdón, ahora que lo dices, no tengo claro si me indigna más la torpeza de no imaginar de dónde partían todas esas artimañas o el propio engaño en sí. No tengo claro si me duelen más las mentiras o el hecho de haberme dejado engañar, pero lo que sí puedo confirmarte es que me siento muy dolida, porque en lugar de enfrentarse a la realidad, Luis decidíó manipular la información de forma premeditada planeando qué decir en cada momento y liberándose de toda responsabilidad. Estoy segura de que alargó aquella sarta de mentiras solo para evitar un momento incómodo frente a mí —increpó irritada.

Celia estaba indignada y representaba el papel de mujer dolida a la perfección. La ira dominaba su voluntad, pero, aun así, hizo

el esfuerzo de ir relajando su discurso al desarrollar el relato de su propia vida.

—Para mentir es necesario tener la intención de ocultar información, realizar un esfuerzo intencionado para conseguir que lo que defiendes no coincida con la realidad y ser consciente de estar tergiversando lo que tienes en la mente, ¿no crees?

—Depende —respondí—. A veces tenemos tan integrado lo que queremos ocultar que no es necesario realizar ningún tipo de esfuerzo para conseguirlo, es más, yo creo que podemos incluso llegar a creernos nuestras propias falacias —añadí.

—Te aseguro que Luis sabía perfectamente lo que hacía. Luis no era ningún fabulador diagnosticado clínicamente —farfulló entre dientes—. Todavía me martillean en el cerebro las historias que inventaba para convencerme de una realidad que nunca llegó a existir, y todo para obligarme a hacer una interpretación errónea de los hechos —esputó indignada.

A Celia le enervaba remontarse a un pasado que no parecía quedar tan lejos, y al recordar la forma en la que su novio rehuía del problema y desviaba su atención para desorientarla, fue creciendo su furia. La actitud de entrega y confianza con la que reaccionó durante años la empujaba a clasificarse dentro de la categoría de «mujeres estafadas» (categoría en la que nunca imaginó que acabaría retratándose). Finalmente aclaró que aquella estafa la obligó a tener que romper con él y con todo lo que le recordaba a su pasado.

Celia era una mujer de palabra y defendía la honestidad y la franqueza como principios referentes en los que apoyarse para enfrentarse a la vida. Explicó que sus padres le transmitieron desde muy pequeña la importancia de defender y practicar la verdad como valor sagrado, entendiendo esa virtud como seña indiscutible de integridad y garantía de salud cívica para la sociedad.

—Mis padres siempre fueron enemigos de las mentiras, y al ser una de las directrices que se marcaron para enfocar la educación

de sus hijos, nos inculcaron ese mandato tanto a mí como a mis hermanos. Tan claro lo tuvieron, que aún recuerdo cómo penalizaban con mayor severidad el gesto de mentir que el asunto en cuestión, y de ello se jactaban. Mis padres siempre fueron personas muy comprometidas con la causa de educar a sus hijos y no nos permitían saltarnos las normas bajo ningún concepto, razón por la cual, a mí siempre me parecieron muy estrictos y poco flexibles, la verdad.

En ese momento, realizó una pausa introspectiva para aclarar que al cabo de los años fue comprendiendo lo que sus padres intentaron perseguir a través de las medidas educativas que utilizaron tanto con ella como con sus hermanos y apuntó que, gracias a ese ejercicio de empatía, se fueron diluyendo de forma progresiva los malos recuerdos que fue acumulando con el tiempo.

Al ir avanzando en la conversación, las resistencias de Celia se fueron dulcificando, aunque el estado de enajenación en el que se encontraba atrapada le dificultaba el hecho de penetrar en su verdad más oculta. A pesar de defender la sinceridad como patrón de comportamiento obligatorio en las relaciones humanas, era evidente que se engañaba a sí misma y, aprovechando el flujo de expresión del momento, le pedí que me hablara un poco más sobre Luis y sobre la relación que existió entre ambos.

Esa petición provocó que se llevara la mano a la frente para calmar la sensación del futuro dolor que cabeza que presagiaba y, apoyándose en una ficticia complicidad hacia mí, creada desde la nada, pero necesaria para poder continuar, comenzó a justificar su irritación explicando que siempre consideró a Luis como el prototipo de pareja ideal.

—Te confieso que siempre me gustó pasar las horas junto a Luis. Me encantaba proyectar planes de futuro con él y soñar con vivir juntos durante el resto de nuestras vidas.

Y sin dar más espacio a los buenos recuerdos se mantuvo instalada en su decepción.

—Yo era feliz a su lado, te lo aseguro, pero Luis me decepcionó —añadió con inquina—. Me engañó durante meses y ni pude, ni quise perdonárselo. Lo que hizo es imperdonable, ¿no crees? —espetó—. Siempre lo situé en el más alto de los pedestales, pero como ya habrás podido comprobar, el mito se cayó por sí solo.

En ese instante Celia suspiró profundamente para añadir que sus padres también lo adoraron.

—Luis era irresistiblemente adorable, créeme... y tanto que era adorable... pero lamentablemente todo fue una farsa —añadió cubriéndose la cara con las manos y volviendo a oscurecerse—. La imagen que proyectaba de cara a la galería era la de un hombre íntegro y honrado que caminaba siempre en mi misma dirección, pero nada más lejos de la realidad —susurró visiblemente decepcionada.

En ese momento de la conversación Celia volcó su cólera sobre mí sin reparo alguno. A pesar de hablar en pasado, se expresó como si los hechos a los que hacía referencia acabaran de ocurrir. Aquella oportunidad de apertura le sirvió para deshacerse de una ira encendida cual bengala chispeante y, sin permitirme participar en la conversación, me miró con cierta antipatía en el gesto y se excedió en reproches hacia su ex. En ese preciso momento se desahogó a través de todo un amplio repertorio de insultos, siendo un comportamiento impropio para una chica que alardeaba poseer un exquisito pundonor —pensé.

Celia se encontraba fuera de sí, y yo se lo permití. Sabía que al desprenderse de aquella amargura llegaría el momento de la caída. Y así fue. Aquella enfurecida mujer se desinfló en cuestión de segundos.

—Luis me ocultó información sobre el estado de sus finanzas, ¿entiendes lo que eso supone? —apuntilló de forma inquisitiva

buscando mi aprobación—. Pero lo que más rabia me dio no fue eso. Lo que más rabia me dio fue el hecho de mostrar un comportamiento ajeno a la mentira para mantenerme al margen... Y tonta de mí, confié en él ciegamente —añadió con recelo.

Al finalizar aquella ofensiva descarga se desplomó, y a partir de ese momento, comenzó a llorar sin consuelo. Durante el transcurso de aquel desahogo Celia manifestó dolor y rabia al mismo tiempo y, al encontrar cierta incongruencia entre el llanto y las trabas lingüísticas que encerraban sus argumentos, decidí dirigir su atención hacia el verdadero motivo de su enfado.

—Celia, ¿podrías especificar lo que te indigna exactamente? —insistí de nuevo intentando imprimir seguridad en mis intenciones.

Aquella pregunta cortó en seco su llanto y, sin saber muy bien por qué, provocó que reaccionara como si hubiese visto a un fantasma. Sus ojos redondos proyectaron miedo a la vez de asombro y, en respuesta a su reacción, le devolví una mirada serena y confiada. Algo viró dentro de ella y, derrengada, se mostró dispuesta a desvelar lo que parecía esconder dentro de un tintero virtual. Un tintero en el que probablemente se escondían los motivos que le robaban el sueño. Un tintero que había que destapar.

El clima de la sesión mutó. Ese cambio apaciguó la tempestad de ira que se desencadenó dentro de las cuatro paredes de mi despacho para permitir que Celia pudiera entregarse a explicar los detalles de su historia y, en medio de la calma, hizo referencia al gesto de arrepentimiento con el que Luis reaccionó al desvelarse el misterio. En su defensa alegó que probablemente se vio obligado a esconderse detrás de unas mentiras que perseguían proteger los intereses de su empresa.

—Soy consciente de que Luis mantuvo la esperanza de remontar la situación hasta el último momento sin querer dar margen a la derrota, y es posible que esa fuera una de las razones por la que

decidió darle una oportunidad al proyecto, pero, aun así, hay algo que no me quito de la cabeza... —añadió apuntándome con el dedo—. También pudo ser su propio ego el responsable de nuestras desgracias. Puede que Luis se defendiera a través de sus mentiras para salvaguardar su integridad como empresario y evitar a toda costa el deterioro de su reputación. No lo descarto tampoco.

En ese momento Celia habló con un brillo de sensatez en sus ojos y, con gesto alicaído, apuntó que Luis no estaba preparado para fracasar. Estaba segura de que cometió el error de asociar el hecho de fracasar con ser menos que los demás, con perder la confianza de los suyos, con no ser querido o respetado y, como consecuencia de todo ello, con la tragedia de quedarse solo, pero ella no estaba dispuesta a admitir aquellas razones como disculpas, y al perder el control de la situación, perdió el control de la relación.

—Entiendo que para ti son muy importantes tus principios, ¿verdad, Celia?

—Así es, lo son —admitió sin ningún tipo de pudor.

Seguidamente, se mostró inflexible ante la posibilidad de admitir el comportamiento de Luis exponiendo cierta rigidez en su forma de plantearlo, premisa ante la cual, elevó la voz para recalcar que él también tuvo siempre muy claro lo importante que eran para ella sus principios.

—No estoy dispuesta a aceptar un engaño, Vera, y nunca lo estaré —farfulló de forma contundente—. Tuve razones de sobra para echarlo de inmediato de mi casa y apartarlo de mi vida para siempre —añadió con firmeza en su gesto y sin mostrar arrepentimiento en sus palabras.

Y en dirección contraria a su propia inercia, una sombra suavizó de repente la dureza de su rostro. En aquel preciso momento Celia realizó una parada en su discurso para suspirar con profundidad y yo interpreté aquella pausa como una señal de rechazo a continuar hablando. Algo aguardaba a la espera de ser

desvelado, aunque sus resistencias no iban a facilitar el proceso de apertura. Como terapeuta, estaba dispuesta a secundarla para que pudiera descubrir el origen del insomnio que la deterioraba cada noche y, siendo fiel a mi intuición, le pedí que compartiera el desarrollo del relato a partir de la decisión que tomó. Una decisión de ruptura firme e indulgente, pero una decisión completamente acorde con sus firmes principios.

—Creo que lo mínimo que se merecía era que rompiera con él, ¿no crees?... ¿Quién es capaz de soportar algo así? —esputó con aires de disculpa.

Aquella petición por mi parte produjo cierto distanciamiento en ella, pero salvando sus propios obstáculos, se armó de valor para explicar que Luis se fue a vivir con sus padres arruinado y sin trabajo y que, a partir de aquel preciso momento, desapareció de su vida para siempre.

Celia se hizo a sí misma la firme propuesta de no caer en la trampa de sentirse responsable de las desgracias de su novio y, para no flaquear en ese propósito, se agarró con fuerza al sinsabor de la quiebra que le provocó. Confesó que se sentía muy humillada, que le dolía profundamente que hubiera mancillado su honor y que el historial crediticio que le encomendó alimentaba su ira cada día, pero también fue capaz de reconocer que mantuvo el contacto con ella durante meses rogando que le perdonara y pidiéndole una segunda oportunidad.

—Luis me confesó su amor a través de largos mensajes, me obsequiaba a menudo con flores, me perseguía para hablar o simplemente para verme y se apoyó en terceras personas para recuperarme, pero el muy ingenuo no se daba cuenta de que con aquellas tácticas lo único que consiguió fue hacerme sentir peor. Aquello se convirtió en un acoso en toda regla —apuntó apesadumbrada.

A modo de disculpa aclaró que lo único que necesitaba era distancia de por medio para recomponerse.

Luis le prometió su lealtad de manera insistente y ella no pudo perdonarlo. Le resultó imposible pasar por alto las mentiras que fracturaron seriamente su confianza en él.

—Ese maldito engaño abrió un interrogante en mí que me perseguiría de por vida —añadió.

La insistencia de Luis avanzó sin freno y esa conducta tomó para ella un cariz de tintes obsesivos. Llegó a sentirse presionada, y al no conseguir el efecto deseado con su callada por respuesta, le bloqueó todas las posibles vías de contacto.

—No tuve más remedio que bloquearlo, Vera. No respetó mi decisión y yo no podía hacerme cargo de sus tropelías. Yo nunca me porté mal con él, sin embargo, él me engañó. Me engañó rompiendo el amor que nos unía —susurró con la mirada perdida.

Llegados a ese punto de la conversación, la actitud de Celia cambió de nuevo de rumbo. El ímpetu con el que inició la sesión fue perdiendo fuerza y la seguridad que transmitía con sus argumentos se fue convirtiendo en una masa informe y sin criterio. El ritmo de su monólogo se apaciguó y su mirada comenzó a perderse entre dudas y lamentos.

Aquella seguridad en cuestión de valores de la que alardeaba se fue tambaleando al ir focalizando la realidad que la atormentaba y ese confuso itinerario la llevó a precipitarse hacia un abismo sin freno.

En ese preciso instante tragó saliva mirando a un punto fijo cualquiera, y visiblemente desprovista de un alma que la sujetara, explicó que al cabo de los meses el hermano de Luis le escribió para comunicarle que este había sufrido un accidente de tráfico del que afortunadamente había salido prácticamente ileso. Un animal se cruzó en dirección opuesta a su camino y el impacto provocó que el coche que conducía diera varias vueltas de campana, con la mala suerte de permanecer atrapado durante horas en medio de una oscura noche. Aquella noticia la sobre-

cogió, pero al sospechar que el hermano de Luis contactaba con ella para provocar una respuesta de acercamiento por su parte, aclaró que se negó a caer en la trampa. Luis se encontraba fuera de peligro y, desde esa convicción, agradeció la información y apartó aquel escenario de su cabeza.

—El hermano de Luis me aseguró que estaba bien. Me dijo que solo se había fracturado varios huesos y que lucía varios moratones en su piel, y al no estar en peligro, no quise bajar la guardia y retroceder. Al fin y al cabo, él no me necesitaba —justificó algo tensa.

—¿Quieres decir que conseguiste llegar a despreocuparte? —le pregunté sabiendo que en el fondo se trataba de un argumento que quiso llegar a creerse.

—No tenía razones para preocuparme —bufó ofendida.

—Ya, pero a veces nos preocupamos sin motivo.

—Yo no. Yo solo me preocupo si hay un motivo por el que preocuparse —aseguró con firmeza.

La miré con indulgencia y sin intención de presionarla para que claudicara, pero tampoco mostré credulidad en mi rostro.

—Vale, de acuerdo. No tenías por qué preocuparte. Al fin y al cabo, no había motivo de preocupación —resumí con un tono lineal—. Entonces, entiendo que, a partir de ahí, mantuviste firme la decisión de alejarlo de tu vida, ¿no es así?

—¡Yo no lo alejé de mi vida! Se alejó él solito. Me engañó. Me falló. ¿Qué quería? ¿Que lo perdonara sin más?

—No sé, Celia, ¿qué crees que quería si no? —le pregunté.

Esa pregunta provocó que el silencio se apoderara de nuevo de la conversación acelerando sin remedio la temida cuenta atrás que la acercaba hacia su propia realidad. Luis le pidió perdón, pero ella no lo escuchó.

—Celia, ¿conseguiste apartarlo de tu cabeza?

—Pues no lo sé... Puede ser que no... —confesó aturdida.

Y fue en ese momento cuando admitió que el transcurrir de los días no le sirvió de ventaja. Ni su deseo por olvidarlo ni su empeño por apartar de su cabeza los recuerdos que la ataban a él consiguieron despreocuparla del todo.

—Ahora que lo pienso creo que para salir de aquel tormento opté por repetirme una y otra vez que no sentía nada por él, pero tengo que reconocer que... tengo que reconocer que sí estaba preocupada. Luis estaba fuera de peligro y además estaba fuera de mi vida, aunque.... —titubeó dando un chasquido de lengua...

—¿Aunque qué, Celia?

—Pues que supongo que no estaba lo suficientemente apartado de mi vida como pensaba, no sé... yo creía que no estaba preocupada, pero ahora que lo pienso... creo que me sentía atraída por una fuerza mayor que continuaba atándome a él.

—¿Y qué ha sido de esa fuerza, Celia? —le pregunté.

—No lo sé... supongo que... —las palabras se agolparon en su garganta.

Aquellas confesiones demostraron que los alegatos que su mente le dictaban no le funcionaban como ella esperaba. El accidente que Luis sufrió no le pasó desapercibido y temporalmente ese hecho coincidía con sus primeras noches en vela.

Visiblemente agitada procedió a explicar que un mal día recibió la llamada telefónica del hermano de Luis para comunicarle que la situación de salud del que fue el amor de su vida se había complicado. Una infección renal lo llevó a sufrir una grave septicemia y, debido a ello, se encontraba ingresado en la unidad de cuidados intensivos.

—No sé qué me pasó, Vera. Recuerdo que esa fuerza de la que te hablo tiró de mí en aquel momento para dejarlo todo y salir corriendo hacia el hospital en el que Luis se encontraba convaleciente y, siendo fiel a la verdad, tengo que admitir que en

ese momento era yo la que necesitaba estar junto a él —confesó derrotada.

En aquel instante Celia rompió de nuevo a llorar y, entre lágrimas, intentó explicar cómo el desconsuelo que comenzó a brotar de su interior le provocó que el mundo se desplomara frente a ella al encontrar a la familia de Luis profundamente afligida en la puerta de la U.C.I. Fue en aquel instante cuando descubrió la cara oculta de la ética. Los valores y los principios que tanto defendía no consiguieron rescatarla de aquella situación, y al igual que Luis, dejó de respirar.

Al recordar aquellos trágicos hechos, Celia conectó con unos sentimientos que sepultó de inmediato. A partir de aquel desenlace se vio obligada a dejarlo todo atrás para volver a recuperar un falso equilibrio. Enterró junto a Luis las razones que desencadenaron la imperiosa necesidad de acompañarlo antes de morir y substituyó cualquier señal de arrepentimiento por una ira desmesurada. Ni claudicó en su afrenta, ni le dio margen a la tristeza.

Celia se acercaba cada vez más a descubrir el significado de la misteriosa fuerza que la ataba a Luis y todo parecía indicar que pasó de puntillas por un duelo que prefirió cerrar en falso. Se aferró a sus principios como tabla de salvación, pero aquella tabla no soportó la carga de la culpa al ser más endeble de lo esperado.

El trágico fin de la vida de Luis provocó que la sesión llegara a un punto de inflexión irreversible y, una vez recuperada la calma, modulé mi voz con un pequeño ruido de garganta para preguntarle a Celia si se encontraba algo más tranquila, ante lo que ella asintió dubitativa. Era importante que estuviera preparada porque había llegado la hora de abrir su corazón para desvelar los sentimientos que se alojaban en él. Había llegado la hora de romper con las resistencias que le impedían dormir, la hora de enfrentarse a su verdad y, en definitiva, había llegado la hora de

dejar de engañarse a sí misma. Y con el objetivo de facilitar una apertura libre de engaños, volví a plantearle una cuestión sencilla a la vez de comprometedora. La miré fijamente a los ojos y con voz templada le pedí que desvelara el lugar que Luis ocupaba en su corazón, cuestión ante la cual, ella reaccionó poniéndose de nuevo en guardia.

—No creo que mi problema esté relacionado con lo que haya sentido o siga sintiendo por Luis, la verdad —esputó de nuevo a la defensiva.

Sus resistencias eran palpables y, sin duda, esas resistencias la anclaban a una actitud esquiva que le provocaba dificultades para poder abrirse y compartir lo que verdaderamente sentía. Aquellas resistencias la situaban detrás de unos muros de acero que ella misma levantó, pero a pesar de sus limitaciones, aceptó el reto de realizar un esfuerzo en dirección contraria a su inercia.

—Solo es importante lo que tú creas que es importante, Celia —le aclaré.

—Está bien, si tú crees que es importante lo tendré en cuenta —balbuceó obedientemente tras un largo silencio.

Lo primero que reconoció fue el hecho de no ser tan perfecta como pretendía ser y, como antesala a su exposición sobre lo que sentía por Luis, me pidió permiso para hacer otra puntualización que requería un pequeño giro en la conversación.

Con los ojos inyectados en culpa apuntó que Luis siempre le reprochó poseer un orgullo desmedido y que el hecho de intentar llevar siempre la razón absoluta sobre las cosas la empujaba a menudo a manifestarse de forma prepotente. En ese momento de sinceridad accedió a descubrirse para confesar que la falta de humildad con la que solía reaccionar a veces, le provocaba defenderse con una soberbia de la que no se enorgullecía y de la que deseaba desprenderse.

—Entonces, reconoces que el orgullo a veces te domina, ¿no es así?

—Sí, así es. Reconozco que mi orgullo a veces llega a transformarme.

—¿Y has pensado que ese orgullo puede perjudicar tu relación con los demás?

—Sí, lo he pensado. Supongo que el orgullo no nos acerca a los demás, sino todo lo contrario, nos aleja. Pero me cuesta mucho dominarlo, Vera —confesó sin dificultad.

Era importante que Celia conectara con su verdadero yo. Aquel ejercicio de introspección podía ayudarla a descubrirse, y gracias a ello, admitió algo importante. Explicó que cuando se sentía atacada por algo o por alguien, brotaba dentro de sí la imperiosa necesidad de defenderse, pero lo que todavía no había sido capaz de descubrir eran las consecuencias que aquel mecanismo de defensa le provocaba. Se trataba de un orgullo que la endurecía emocionalmente y que, al limitar sus sentidos, la encadenaba a un distanciamiento emocional que la apartaba de sus seres queridos.

Aquel descubrimiento me ayudó a desenredar los hilos con los que se hilvanaban los mecanismos de defensa de Celia, siendo precisamente el orgullo el resorte que desencadenaba un empobrecimiento en sus relaciones interpersonales y cierta incapacidad para conectar con sus propios sentimientos. Al ir desempolvando los bocetos en los que se esbozaban sus patrones de comportamiento, las piezas de su puzle emocional empezaban a encajar a la perfección y esos descubrimientos me llevaron a tener cada vez más claro que su perfil coincidía con un perfil controlador, exigente y perfeccionista. Un perfil marcado por una baja tolerancia a los cambios y una insuficiente capacidad para aceptar que las cosas sucedieran de la forma no esperada. De igual forma, observé

que la variabilidad le generaba inseguridad, y que, para combatirla, se aferraba a normas, creencias o rituales que reducían supuestamente su caos y la confusión en la que vivía alimentando una falsa sensación de control ante lo imprevisible. Celia evitaba enfrentarse a la realidad elaborando pensamientos catastrofistas y exagerando la importancia o el aspecto negativo de las cosas, y al realizar una continua ostentación de sus logros y virtudes y aferrarse a un autorreconocimiento superlativo, lo único que conseguía era disfrazarse de una hiriente vanidad. Aquella atormentada mujer se tenía a sí misma en muy alta estima y probablemente esa autoimagen idealizada eclipsaba su capacidad para revisar los aspectos más débiles de su personalidad. La valoración desmedida de sus deseos y virtudes y la actitud de superioridad con la que se defendía provocaba un serio menoscabo en sus relaciones sociales, pero aquella rivalidad entre egos la agotaba y, por suerte, estaba dispuesta a revisarla.

La sesión estaba resultando agotadora, pero, a pesar de ello, yo debía seguir avanzando en mis conclusiones. Los mecanismos que Celia utilizaba para defenderse podían esconderse detrás de un sencillo y corriente complejo de inferioridad y de todos es sabido, que el orgullo en su máxima expresión, suele ocultar un miedo a ser juzgado o a fracasar. En mis valoraciones no podía dejar de tener presente que aquella mujer tuvo una educación rígida en valores y que al defender sus principios de la forma en la que los defendía, adoptaba el mismo patrón que utilizaron con ella, siendo probablemente la razón por la que castigaba duramente a todo aquel que los incumpliera.

Celia defendía sus principios con aplomo, sin embargo, a pesar de darle un valor incalculable a la honestidad como decreto social y defenderla como estandarte de buenas prácticas, no parecía tenerlo tan claro. No parecía ser tan honesta como presumía

ser, al menos consigo misma. Es posible que se ocultara detrás de sus propias inseguridades, pero aquella consigna se mostraba disonante con el autoconcepto endiosado que atesoraba y, para sortear todas aquellas barreras, algo debía cambiar dentro de ella.

En el momento en el que dejara de importarle lo que los demás pensaban sobre ella y aceptara el hecho de poder ser menos que ellos, abandonara su competición por llevar la razón o accediera a reconocer sus imperfecciones y que todo el mundo tiene derecho a equivocarse, comenzaría a ser más flexible consigo misma y con su entorno. Solo así podría desprenderse de la vanidad que la bloqueaba.

Al ir descubriendo a Celia se fueron descubriendo sus debilidades. Como a la mayoría de las personas, le resultaba doloroso el hecho de ser honesta consigo misma, pero a la larga esa práctica podía llegar a ser liberadora. Al practicar la honestidad en primera persona le sería más fácil afrontar la verdad de quién era y de cómo se relacionaba con su mundo interior. Era importante que se enfrentara a su verdad y, para ello, debía perder el miedo a conocerse a sí misma, hacerse cargo de su lado más oscuro y desprenderse de la máscara con la que pretendía agradar. Cualquier cosa menos seguir alimentando sus propias mentiras.

Llegados a ese punto, había quedado claro que el orgullo alejaba a Celia de los suyos, ya que difícilmente olvidaba una ofensa, pero todavía no se había constatado lo que ese recalcitrante orgullo había provocado en su relación con Luis y, en esa dirección, le pedí que lo describiera.

Una fuerza superior la empujó a volver a desviarse del camino y, aun así, accedió a realizar ese ejercicio resaltando los aspectos negativos de Luis. En aquella descripción expuso que su novio siempre destacó por la exorbitante falta de criterios que tuvo a la hora de tomar decisiones, y al recordar lo mucho que aquel rasgo de su personalidad la desesperaba, se entumeció cerrando los ojos

con fuerza. Aquel recuerdo la crispó y el malestar resultante la empujó a criticar la falta de rigurosidad con la que siempre gestionó sus asuntos, pero volvió a calmarse de nuevo al reconocer el nivel de implicación que depositaba en todo aquello que emprendía y la pasión que volcaba en sus proyectos. La percepción que tenía sobre Luis era la de una persona arrojada, que, siendo fiel a su temperamento, arriesgaba en exceso. A Celia le irritaba sobremanera que analizara riesgos después de actuar. Estaba convencida de que aquella forma de vivir estaba estrechamente ligada a un indefinido patrón «ensayo-error» que lo llevaba inevitablemente al desastre. Con cierto pesar en su rostro reconoció que siempre le costó aceptar aquella forma de enfrentarse a la vida y el malestar que le provocaron todos esos recuerdos la llevó a emitir en voz baja que aquellas discrepancias fueron una importante fuente de conflicto en su relación de pareja.

Por un momento, Celia se quedó en blanco y, durante el transcurso de aquel vacío, el silencio se apoderó de nuevo de sus palabras. Con el objetivo de recomponerse, refugió su mirada perdida entre las plantas que hay en mi despacho. Los vivos colores de las flores que asoman tímidamente de entre las carnosas hojas de mis viejas macetas suelen ofrecer una cálida compañía. Un acompañamiento sencillo, sin juicios y sin prisas. En ese preciso momento, mis plantas se limitaban a endulzar con su presencia los sinsabores de una pareja truncada.

—Has descrito muy bien las imperfecciones de Luis, Celia, pero me gustaría conocer lo que llegaste a sentir por él a pesar de todos sus defectos —solicité con una voz que invitaba a la confesión.

Al tener que hablar sobre lo que sentía por Luis se quedó paralizada. Había llegado la hora de la verdad y eso la obligaba a destapar la parte más dolorosa de su intimidad. Ya no había oportunidad de rescate. Le tocaba desnudarse en lo referente a sus sen-

timientos y, entregada a la emoción, irguió la cabeza y accedió a completar su visión sobre la persona que llegó a ser su gran amor.

—Luis fue un hombre cariñoso, jovial y divertido, y el entusiasmo que siempre desplegó al emprender cualquier proyecto vital contagiaba de alegría y optimismo a cualquiera que estuviera a su lado. Solía equivocarse a menudo y reconozco que ese hecho siempre me turbó, pero también tengo que reconocer que ese rasgo era parte de sus múltiples encantos —confesó con voz rasgada—. Luis era una persona maravillosa... Luis era...

Justo antes de terminar la frase tragó saliva para no caer en sentimentalismos e interrumpir la conversación. Realizó un gran esfuerzo para situarse en el momento de la ruptura y, como paso previo a seguir desarrollando la historia, aclaró que el descubrimiento de la trama que Luis ocultó con tanto esmero secuestró las razones que provocaron que algún día se enamorara de él.

—Yo no entiendo esa forma de vivir la vida, Vera —aclaró—. La rectitud con la que guió mis pasos y mi empeño por cumplir con las normas impuestas por la sociedad me han ayudado a hacerme a mí misma. Yo no necesito engañar a nadie para conseguir mis objetivos, puedes estar segura de ello.

Celia era incapaz de comprender aquella forma de vivir y se empeñaba en chocar de frente con los principios de Luis, siendo probablemente la causa por la que aquella situación le resultó insostenible. Luis la engañó, pero también la quiso, y eso no podía negarlo durante más tiempo. Luis le pidió perdón hasta saciedad, pero su orgullo boicoteó cualquier oportunidad de indulto.

—Yo lo quería, Vera, y tengo que reconocer que a pesar de sus equivocaciones... nunca dejé de quererlo —susurró desplomándose del todo.

Por fin llegó el momento en el que Celia se negó a seguir mintiéndose a sí misma y, gracias a ese ejercicio de sinceridad, se

destapó lo que verdaderamente sentía. Al realizar una valoración desde la distancia consiguió ver las cosas de otra manera, y al conectar con sus sentimientos más puros, no tuvo más remedio que admitir la forma en la que el orgullo distorsionó las coordenadas que su corazón le marcó. A partir de aquel momento comenzó a ver la situación desde otra perspectiva y, visto así, ya no era tan grave el engaño. Desde esa óptica, ya no era tan pesada la carga económica. A partir de ese momento dejó de ser importante defender la verdad.

Celia no tuvo la oportunidad de despedirse del amor de su vida. No tuvo la oportunidad de perdonarlo y, muy a su pesar, se sentía arrepentida. Los remordimientos la acechaban detrás de la cortina de su dormitorio, y al anochecer, cobraban vida.

En el fondo deseaba perdonar a Luis, pero antes debía perdonarse a sí misma.

No podía seguir dándole más ventaja al orgullo y, de vuelta a casa, decidí escuchar *Con las ganas*, de Zahara, mientras la visualizaba en su habitación gris.

Los anclajes de Celia no pararon los instintos de Luis, pero ahora él tampoco podía parar sus quejidos.

Al llegar la noche, Celia lo echaba de menos... intentaba fingir lo que sentía... pero lo que realmente quería era no dejar de estar a su lado.



Al igual que Celia, yo también llevaba noches sin dormir y, prestándole la atención justa al cansancio acumulado, salí de mi consulta impaciente por llegar a la cafetería en la que había quedado con mi hermana Ruth. Todavía no había compartido con nadie lo que había vivido junto a Pedro y, a pesar de no encontrarme en el mejor de mis momentos, necesitaba hacerlo.

Cuando hablo con Ruth conecto conmigo misma, y al verbalizar lo que siento, consigo dar orden a mis sentimientos. He leído que cuando compartimos nuestro malestar con otras personas activamos una parte del cerebro responsable del control de nuestros impulsos y que ese mecanismo tiene la capacidad de disminuir la intensidad de los retazos de aflicción que a veces nos atrapan. Pero también tengo presente que el acto de compartir aquello que nos colma de felicidad puede convertirse en un proceso terapéutico y liberador, y eso era justo lo que necesitaba en ese preciso momento. Compartir mi felicidad.

Ruth y yo nos reunimos a menudo para reconocer juntas nuestras emociones, identificar los efectos que las mismas tienen sobre nuestro estado físico y mental y descifrar la forma en la que participan sobre nuestras decisiones. Y aquel día tocaba reunión. Tengo que reconocer que utilizo a mi hermana Ruth para determinar el significado que le concedo a las situaciones que vivo y que con ese ejercicio de autoconsciencia emocional persigo un único fin: me sirve para ponerle nombre a lo que siento.

En esos momentos me encontraba en una etapa de mi vida en la que necesitaba expresar lo que sentía a través de palabras o gestos, risas o lágrimas, besos o abrazos... cualquier forma de expresión me valía. Aquella tarde estaba dispuesta a tomar consciencia de mis emociones para poder entenderlas, y dónde mejor

que en el *Starbucks coffee* del centro de la ciudad tomando un *chai tea latte* con canela y con mi hermana Ruth.

La ciudad mantenía su ritmo habitual. Los transeúntes caminaban absortos en sus pensamientos, el tráfico se desarrollaba con fluidez y el sonido de la calle se alimentaba de una psicofonía de fondo sin más sobresalto que el de alguna que otra polifonía de artista callejero.

Tras aparcar mi coche me dispuse a caminar con intención de llegar al punto de encuentro marcado y, durante aquel corto paseo, recordé a Celia, a sus inflexibles principios y a las inclemencias de su orgullo. El silencio de mis pasos me trasladó por un momento a la letanía de quejas de una mujer arrepentida que sufría noches de insomnio salpicadas de orgullo. El caso de Celia estaba marcado por el dolor, y al reflexionar sobre ello, empaticé con su tragedia, pero al recordar a Luis, no tuve más remedio que disculpar sus mentiras. ¿A quién no le cuesta reconocer sus propias debilidades, sus errores o sus fracasos?

Al verme tan alejada de Celia en cuestión de sentimientos debido a los últimos acontecimientos vividos con Pedro, sentí una fuerte aflicción hacia ella y, para salir de aquella desazón, me apoyé en mi papel como terapeuta. No estaba en mi mano deshacer lo ocurrido, pero sí podía caminar junto a ella para ayudarla a cultivar la humildad, la seguridad en sí misma y la aceptación de sus imperfecciones. Juntas le haríamos frente al corrosivo orgullo para desplazarlo de su vida para siempre.

Cuando llegué a la cafetería localicé de inmediato a mi hermana Ruth. Se encontraba sentada en uno de los sillones más cómodos que ofrecía aquel emblemático lugar. Lucía una melena castaña, brillante y sin peinar, una camiseta ajustada que transparentaba parte de sus virtudes femeninas y los graciosos zapatos

rojos que se compró en su último viaje a Italia. Al ser viernes, la tarde invitaba a confidencias y, aunque los viernes no siempre son sinónimo de felicidad, ambas nos dejamos impulsar por la necesidad de sentir el bienestar que produce la liberación del estrés semanal que se descargan los días como ese.

El simple hecho de ver a mi hermana Ruth me levanta el ánimo, y ese ánimo consigue apaciguar las confusiones que normalmente me enredan en un sinfín de trampas del pasado. Mi hermana Ruth suele conectarme con el presente y, por suerte, mi pasado no tenía espacio reservado en aquella cafetería.

Ruth conoce mis gustos a la perfección, y como era de esperar, ya me tenía preparada mi bebida favorita sobre la mesa.

—¿Qué haces, Rutita?

—Nada, aquí esperando a mi hermana favorita —respondió quitándose las gafas de sol.

—Veo que ya me tienes servida.

—Pues sí. Sabes que no me gusta perder el tiempo, y menos aún, cuando hay material interesante que compartir —añadió sonriendo de forma sarcástica.

Me quité el abrigo, dejé mi bolso caer y me senté junto a ella. Lo primero que hice fue darle un sorbo a mi *chai tea latte*, y al entrar en calor, aclaré que me encontraba muy feliz.

—Cuánto me alegro, hermanita. Ya iba siendo hora de que despertaras de tu letargo.

—Pues sí, la verdad es que sí —afirmé con un gesto complaciente.

Una vez aclarado el titular del encuentro, apunté que aquello que me hacía tan feliz se engendró la noche de la fiesta de cumpleaños de Maura, aclaración ante la que Ruth reaccionó fingiendo un aire de sorpresa en clave de humor.

—¿No me digas?... No me lo esperaba, hermanita.